

los mejores cuentos policiales

ALIANZA / EMECE



selección de adolfo bioy casares y jorge luis borges

* VOLUMEN INTERMEDIO

La literatura policiaca -nunca un género oficialmente menor ha tenido tantos aficionados secretos- no solo ha producido grandes novelas: entre sus mejores frutos figuran también cuentos que combinan un altísimo valor literario con un tratamiento de la intriga casi perfecto. Realizar una selección representativa de tales relatos no es empresa difícil, aunque ciertamente la abundancia del material existente plantea numerosas dudas y problemas; si, de añadidura, los antólogos son JORGE LUIS BORGES y ADOLFO BIOY CASARES, el buen término del empeño queda asegurado por anticipado, pues ambos unen a una exquisita sensibilidad literaria un extenso conocimiento -fueron los iniciadores de la colección "El Séptimo Círculo" de Emecé Editores- de este peculiar género. Catorce son LOS MEJORES CUENTOS POLICIALES reunidos en este volumen por los dos grandes escritores argentinos; entre ellos figuran - además de "Las doce figuras del mundo", del que son coautores (bajo el seudónimo de "H. Bustos Domenech")- algunos ya clásicos: "Los tres jinetes del Apocalipsis", de G. K. CHESTERTON; "La señal en el cielo", de AGATHA CHRISTIE; "Si muriera antes de despertar", de WILLIAM IRISH; "Aventuras en la mansión de las Tinieblas", de ELLERY QUEEN; "Una salita cerca de la calle Edgware", de GRAHAM GREENE; y "Humo", de WILLIAM FAULKNER.



EMECE EDITORES EN
EL LIBRO DE BOLSILLO
ALIANZA EDITORIAL
MADRID

INDICE

CAZADOR CAZADO.....	4
LOS TRES JINETES DEL APOCALIPSIS.....	22
COPIA DEL ORIGINAL.....	31
LA SEÑAL EN EL CIELO	41
SI MURIERA ANTES DE DESPERTAR	52
AVENTURA EN LA MANSIÓN DE LAS TINIEBLAS.....	68
TRES HOMBRES MUERTOS	83
UN LUGAR JUNTO A EDGWARE ROAD	107
PERSONAS O COSAS DESCONOCIDAS	112
LA TRAGEDIA DEL PAÑUELO	124
LAS DOCE FIGURAS DEL MUNDO	133
NUEVE MILLAS BAJO LA LLUVIA.....	144
HUMO	151
NUEVE MILLAS BAJO LA LLUVIA.....	167
JULIETA Y EL MAGO	174

Los mejores cuentos policiales

Vol I

Selección de Adolfo Bioy Casares y
Jorge Luis Borges

Cazador Cazado

Wilkie Collins

Del inspector jefe Theakstone, del Departamento de Investigaciones, al sargento Bulmer, de la misma oficina.

Londres, 4 de julio de 18...

Sargento Bulmer: Esta es para informarle que se le necesita para ayudar a resolver un caso importante que requiere la cooperación de un hombre de su experiencia. Me hará usted el favor de pasar al joven portador de esta carta el asunto en el cual está usted ocupado actualmente. Le dará usted todos los pormenores del caso, tales como están; le hará saber los progresos que ha hecho (si es que los hay) para descubrir la persona o personas que robaron el dinero. Deje que él haga lo que mejor pueda con el caso que, hasta este momento, usted ha tenido entre manos. A él le pertenecerá la responsabilidad, o el éxito si lo lleva a buen término.

Hasta aquí, las órdenes que tenía que darle.

Ahora, algo en confidencia para usted, acerca del hombre que lo reemplazará en este asunto. Su nombre es Matthew Sharpin, y se le presenta la oportunidad de entrar en las Fuerzas, sin previa preparación; depende de su inteligencia permanecer en ellas. Usted me preguntará cómo consiguió este privilegio; lo único que puedo decirle es que alguien sumamente influyente lo respalda. Una persona a quien, tanto usted como yo, preferimos no nombrar. El joven de quien le hablo ha sido pasante de un abogado; tiene una elevada opinión de sí mismo, y es tan engreído como mezquina y socarrona es su apariencia. Según dice, deja su antigua ocupación y se pasa a la nuestra, por su propia voluntad y preferencia. Usted no creerá esto más que yo. Mi opinión es que se ha enterado de algún secreto perteneciente a un cliente de su patrón, que lo convierte en persona poco grata para tenerla en la oficina; al mismo tiempo, esto le da cierto poder sobre su empleador, el cual no podría despedirlo sin peligro. Yo creo que darle esta oportunidad es lo mismo que darle dinero para silenciarlo. Como quiera que sea, el señor Matthew Sharpin se ocupará ahora del asunto; si su actuación se viera coronada por el éxito, ya lo veo metiendo su inquisidora nariz en nuestras oficinas y asuntos, tan ciertamente como que hay Dios. Todo esto se lo digo para que no le dé ningún motivo de queja con el que pudiera ir a la Jefatura y dejarlo a usted en mal lugar. Atentamente suyo,

Francis Theakstone.

Del señor Matthew Sharpin al inspector jefe Theakstone.

Londres, 5 de julio de 18...

Estimado señor: Después de haberme visto favorecido con las instrucciones necesarias por parte del sargento Bulmer, me permito llamarle la atención sobre ciertas directivas que he recibido relativas a los informes que, sobre mi futura actuación, he de preparar para su estudio por la Jefatura.

El objeto de que me dirija a usted, y de que usted examine lo escrito por mí antes de llevarlo a la Superioridad, es, según se me ha dicho, concederme el beneficio de su consejo, si llego a necesitarlo (y me atrevo a esperar que no será éste el caso), en cualquier momento de mis actuaciones, dada mi poca experiencia.

Las extraordinarias circunstancias del asunto en que estoy ocupado me impiden ausentarme del lugar en que fue cometido el robo, mientras no haga algún progreso en el descubrimiento del ladrón, de suerte que no puedo consultar personalmente con usted: De ahí la necesidad en que me veo de escribirle sobre varios detalles que sería preferible, tal vez, tratar personalmente. Esta es, si no me equivoco, la situación en que nos hallamos colocados. Consigno mi impresión al respecto a fin de que podamos entendernos perfectamente desde el principio, y quedo su atento y seguro servidor,

Matthew Sharpin

Del inspector jefe Theakstone al señor Matthew Sharpin.
Londres, 5 de julio de 18...

Señor: Usted ha empezado perdiendo tiempo, tinta y papel. Los dos sabíamos perfectamente bien nuestras respectivas posiciones cuando lo mandé con mi carta al sargento Bulmer. No había la menor necesidad de repetirlo por escrito. Haga el favor, en lo futuro, de emplear su pluma para el asunto que se le ha encomendado.

Son tres los informes que usted debe escribirme. Primero, debe hacer un resumen de las instrucciones que le dio el sargento Bulmer, para demostrarme que no se le olvida nada y que está completamente familiarizado con el caso que se le confía. Segundo, debe informarme qué se propone hacer. Tercero, debe referirme por escrito cada progreso que haga (si es que hace alguno) día por día, y, si es necesario, hora por hora. Ese es su deber. En cuanto al mío, cuando yo quiera que usted me lo recuerde, se lo avisaré. Mientras tanto, lo saluda,

Francis Theakstone.

Del señor Matthew Sharpin al inspector jefe Theakstone.

Londres, 6 de julio de 18...

Señor: Usted es un hombre de edad, naturalmente inclinado a estar un poco celoso de los jóvenes que están en la plenitud de la vida y de sus facultades mentales. En esas circunstancias, es mi deber no tomar demasiado a pecho sus pequeños defectos. Tampoco me ofendo por el tono de su carta; le doy el beneficio de mi generosidad natural, y borro de mi memoria su impertinente comunicación. En una palabra, inspector jefe Theakstone, lo perdono, y paso a otra cosa.

Mi primer deber es darle un informe completo de las instrucciones que he recibido del sargento Bulmer. Helas aquí según mi versión.

.....

En el número 13 de la calle Rutherford, en Soho, existe un comercio de papelería atendido por un señor Yatman, casado y sin hijos. Además del señor Yatman y su señora, los otros ocupantes de la casa son: un hombre soltero de apellido Jay, que vive en la habitación del frente del segundo piso; un comerciante que ocupa una de las piezas del altillo y una persona para todo servicio, que tiene su cama en la pieza de atrás de la cocina. Una mañana por semana viene una suplente para ayudar en la limpieza. Estas son las personas que tienen habitualmente libre acceso al interior de la casa.

El señor Yatman ha estado en los negocios durante varios años, llevando sus asuntos en forma próspera, hasta adquirir una envidiable posición. Desgraciadamente, empezó a especular para acrecentar el monto de su fortuna. Hizo inversiones audaces, y la suerte se

volvió contra él en forma tal que, hace apenas dos años, se encontró convertido otra vez en hombre pobre. Todo lo que salvó del naufragio de su fortuna fueron doscientas libras.

A pesar de que el señor Yatman hizo lo que pudo frente a las circunstancias, dejando de lado varios lujos y comodidades a los que él y su esposa estaban acostumbrados, vio que no podrían ahorrar nada de lo que le daba la papelería. El negocio iba declinando de año en año, a causa de competidores que trabajaban más barato. Así estaban las cosas hasta la última semana; el único remanente de la fortuna del señor Yatman lo constituían las doscientas libras que consiguió salvar del derrumbe. Esta suma estaba depositada en un banco en forma de capital común.

Hace ocho días, el señor Yatman y el señor Jay conversaron acerca de las dificultades que en estos tiempos entorpecen el comercio en todas sus ramificaciones. El señor Jay, que vive de lo que le producen los artículos que manda a diversos diarios (accidentes, querellas; en una palabra, artículos a centavo la línea), dijo a su casero que esa mañana había oído comentarios desfavorables acerca de los bancos que aceptan depósitos en forma de capital común. Esos rumores ya habían llegado a oídos del señor Yatman por otros conductos. Estas noticias, confirmadas por su inquilino, alarmaron al señor Yatman, ya que decidió sacar cuanto antes el dinero depositado en el banco.

Como era un poco tarde, llegó justo a tiempo para que se lo entregaran, antes de cerrar el banco.

Recibió el dinero en la siguiente forma: un billete de cincuenta libras, tres de veinte libras, seis de diez libras y seis de cinco libras. Pidió el depósito en esta forma porque pensaba invertirlo en préstamos de poca importancia entre los pequeños comerciantes de su distrito, algunos de los cuales están en situación apremiante en estos momentos. Las inversiones de esta índole parecieron al señor Yatman ser ahora las más seguras y provechosas.

Guardó el sobre con el dinero en un bolsillo, y al llegar a su casa pidió una caja de lata que años atrás usara para guardar valores, la cual, según creía recordar, era del tamaño exacto para contener los billetes. Durante largo rato buscaron la caja en vano; el señor Yatman preguntó a su esposa si sabía dónde estaba. La pregunta fue oída por la sirvienta, que en ese momento llevaba la bandeja con el té para el piso alto, y por el señor Jay, que en ese instante bajaba para ir al teatro. Al fin, la caja fue encontrada por el empleado del negocio. El señor Yatman colocó los billetes de banco en ella, la cerró con un candado y se la guardó en un bolsillo del abrigo, no quedando muy oculta, ya que era un poco grande para ser guardada en tal lugar. El señor Yatman permaneció toda la tarde en el piso alto de su casa; no recibió visitas, y a las once de la noche se fue a acostar, poniendo la caja con los valores, junto con su ropa, en una silla al lado de la cama.

Cuando él y su esposa despertaron a la mañana siguiente, la caja había desaparecido. El posible canje de esos billetes fue detenido, avisando al Banco de Inglaterra, aunque hasta ese momento nada se había oído de ellos.

Hasta aquí, las circunstancias del caso son perfectamente claras. Ellas demuestran que el robo debió de ser cometido por alguna persona que vive en la casa. Por esto las sospechas recaen sobre la sirvienta, el dependiente, o sobre el señor Jay. Los dos primeros estaban en antecedentes de la búsqueda de la caja, y aunque no supieran para qué se la necesitaba, era muy probable que supusieran que era para guardar dinero. Los dos tuvieron oportunidad de ver la caja que sobresalía del bolsillo de su patrón; la sirvienta, cuando retiró la bandeja con el servicio de té, y el empleado, cuando fue a entregarle las llaves del negocio, antes de retirarse por ese día. Al verle la caja en el bolsillo, pueden haber inferido que el señor Yatman pensaba llevarla a su dormitorio esa noche.

Por otra parte, el señor Jay sabía, después de la conversación de esa tarde acerca de los bancos, que el señor Yatman tenía un depósito de doscientas libras en uno de ellos; también sabía que, al separarse, su casero tenía la intención de retirar en seguida el dinero.

Cuando después oyó las preguntas relativas a la caja, era lo más natural que supusiera que el dinero estaba ya en la casa, y que la caja era requerida para guardarlo. Claro que el hecho de que él saliera de la casa antes de que la caja se encontrara, lo descarta como sabedor del lugar en que el señor Yatman pensaba guardarla durante la noche.

Lógicamente, si el señor Jay cometió el robo, tiene que haber entrado en el dormitorio después que el señor Yatman se hubo acostado, y sin saber a ciencia cierta si lo iba a encontrar o no.

Al hablar del dormitorio, me acuerdo de la necesidad de hacer notar su situación en la casa, y de lo fácil que es entrar en él a cualquier hora de la noche.

Esta habitación se encuentra en la parte de atrás del primer piso. A causa del miedo que la señora Yatman tiene a los incendios (que le hace temer el quedar apresada por las llamas en su habitación en caso de incendio al no poder abrir una puerta cerrada con llave), su marido está acostumbrado a no cerrar jamás la puerta del dormitorio; por lo demás, los dos confiesan tener un sueño profundo. De aquí se desprende que una persona con intenciones aviesas que quisiera penetrar en ese dormitorio, correría muy poco riesgo; con dar vuelta a la manija de la puerta, ésta se abriría, y agregando un poco de precaución, los ocupantes de la pieza no despertarían. Este detalle es de suma importancia, ya que fortalece nuestra convicción de que el dinero fue robado por alguna de las personas que habitan en la casa, sin que sea necesario que posea la experiencia de un ladrón profesional.

Estas fueron las circunstancias, tales como le fueron referidas al sargento Bulmer, cuando fue llamado para descubrir al ladrón y, si le era posible, recuperar el dinero. Sus averiguaciones fallaron al no producir ni la menor evidencia contra las personas de las cuales era lógico sospechar. Cuando se les informó del robo cometido, procedieron como lo harían personas ajenas al hecho. El sargento Bulmer optó, desde el principio, por hacer las indagaciones en la forma más discreta posible; comenzó por aconsejar al señor Yatman y a su señora que demostraran no tener la menor duda ni desconfianza respecto de las personas que habitaban bajo su mismo techo. El sargento Bulmer decidió ocuparse él mismo en observar las idas y venidas de estas personas, y además averiguar las costumbres, secretos y amistades de la sirvienta para todo trabajo. Durante tres días y tres noches estuvo el sargento Bulmer vigilándola, ayudado por un empleado de investigaciones tan competente como él; el resultado fue nulo; no encontraron nada que pudiera arrojar ni la más ligera sombra de sospecha sobre la muchacha.

El mismo sistema de averiguación usó para con el dependiente; en este caso tuvo más dificultades debido a lo poco que sabía del hombre, pero después de aclarar algunos detalles, y aunque no tuvo la completa seguridad (como en el caso de la joven), llegó a la conclusión de que era ajeno al robo de la caja con el dinero.

Lógicamente, después de estos procedimientos, las sospechas recaen sobre el pensionista, señor Jay.

Cuando me apersoné al sargento Bulmer con la carta de presentación, éste ya había hecho ciertas averiguaciones respecto al joven pensionista. El resultado de éstas no lo favorece mucho que digamos. Sus costumbres son irregulares; frecuenta sitios poco recomendables y sus amistades son personas de carácter disoluto. Está en deuda con todos los comerciantes con los cuales trata, y además le debe un mes de alquiler al señor Yatman. La semana pasada se le vio hablando con un boxeador, y ayer por la tarde, cuando llegó, daba muestras de haber tomado bastante alcohol. En una palabra, a pesar de que el señor se hace llamar periodista en virtud de los artículos de poca monta que manda a los periódicos, demuestra ser un joven de maneras vulgares y malos hábitos; nada se le ha podido descubrir hasta ahora que redunde en beneficio suyo.

Este es el resumen de lo que me comunicó el sargento Bulmer, hasta en sus detalles más pequeños. No creo que usted pueda encontrar ninguna omisión; además, me parece que, a pesar de los prejuicios que tiene contra mí, no dejará de reconocer que nadie le ha

presentado un informe más claro y completo. Mi segunda obligación es consignar lo que yo me propongo hacer.

En primer lugar, empezaré por tomar las cosas en el punto en que las dejó el sargento Bulmer. De acuerdo con lo dicho anteriormente, no tengo que preocuparme de la sirvienta, ni del dependiente, ya que no existe ninguna duda acerca de la inocencia de estas personas en el caso actual. Me queda por probar la culpabilidad del señor Jay, porque antes de dar el dinero por perdido debo asegurarme que es ajeno al robo.

El plan de campaña que voy a seguir cuenta con la plena aprobación de los dueños de la casa.

Me propongo llegar hoy allí aparentando ser un joven que busca una pieza para alquilar. Se me mostrará la habitación trasera del segundo piso; pienso instalarme ahí esta misma tarde, adoptando la personalidad de un hombre que viene del campo y piensa radicarse en Londres, siempre que encuentre un buen empleo en alguna casa de comercio u oficina respetable.

Quiere decir que viviré en la habitación contigua a la ocupada por el señor Jay. Como la pared divisoria es un delgado tabique recubierto de yeso, me será muy fácil hacer un pequeño agujero por el que podré verlo y oírlo cuando reciba visitas; mientras permanezca en la casa, yo estaré en mi puesto de observación; cuando salga, iré en su seguimiento. Empleando estos medios de vigilancia, creo que llegaré a tener la completa seguridad de si el señor Jay sabe algo de los billetes de banco.

No sé lo que usted pensará de mi plan de observación; a mí me parece audaz y simple a la vez. Con esta convicción termino este comunicado, con plena seguridad y confianza en el futuro.

Matthew Sharpin.

Del señor Matthew Sharpin al inspector jefe Theakstone.

7 de julio.

Señor: No habiendo sido honrado con ninguna respuesta a mi última carta, creo, a pesar de todo, haberle producido una buena impresión con ella. Sintiéndome recompensado por este silencio que interpreto como señal elocuente de aprobación, procedo a relatarle los progresos realizados en las últimas veinticuatro horas.

Estoy confortablemente instalado en la habitación contigua a la ocupada por el señor Jay, y me agrada decir que he practicado dos agujeros, en lugar de uno, en la pared divisoria. Mi natural sentido del humor me ha llevado a la extravagancia de ponerles nombre: el observador y el auricular. El nombre del primero se explica solo; el del segundo se debe a un pequeño caño de metal que he insertado en él, que me da la ventaja de oír mientras miro; esto se debe a la forma curva que le he dado al tubo, de modo que uno de sus extremos me lo aplico a la oreja. Así es que, mientras veo al señor Jay, también puedo oír lo que dice.

El ingenio, virtud que he poseído desde mi niñez, es lo que me ha impelido a hacer este segundo agujero, además del que fue objeto de mi primera conversación con la señora Yatman.

Esta señora, inteligente, sencilla y de modales distinguidos, ha estudiado y comprendido todos mis planes con un entusiasmo e inteligencia dignos de ponderar. La señora Yatman, que siente mucho afecto por su marido, lamenta más el estado actual de pesadumbre de éste que la pérdida del dinero; por lo tanto, dedica todas sus energías a levantar el espíritu del señor Yatman, que presenta un miserable estado de postración.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

